

# CRONICA DE LA POLITICA NACIONAL

## LA LAUREADA AL GENERAL QUEIPO DE LLANO.

Se abrió el mes de mayo con la risueña perspectiva del satisfactorio arreglo comercial entre España y las Naciones Unidas. Después de un largo forcejeo en que numerosas y complejas cuestiones hubieron de ser tratadas y discutidas entre nuestro Gobierno y los de Washington y Londres, la nota oficiosa emanada del palacio de Santa Cruz vino a poner fin a la inquietud pública por el dilatado lapso de tiempo que iba transcurriendo desde el comienzo de las conversaciones. La opinión se sintió aliviada de tanta espera y el cotarro de los murmuradores y alarmistas tuvo que buscar otros temas en que desfogar sus envidias y rencores. Por aquellos días, el Caudillo marchaba a Sevilla para imponer la Gran Cruz Laureada de San Fernando al Teniente General Queipo de Llano.

La ceremonia tuvo ya a su debido tiempo cronistas y reportajes suficientes para que sea necesario añadir aquí un nuevo relato del suceso. Bástenos subrayar el profundo y elocuente significado del acto castrense y las consecuencias que de él cabe deducir para quien sepa mirar sin prejuicios el panorama político de España.

El General Queipo de Llano, con su maravillosa gesta de Sevilla, de julio de 1936, tenía bien merecida y ganada nuestra suprema distinción al valor militar. Episodios como el suyo, de garbo y coraje insuperables, los hallamos solamente en las páginas de nuestra mejor historia, en las epo-

peyas de la Reconquista o de la colonización americana. Queipo es un típico héroe de la raza. A su bravura inverosímil, a su audacia sin límites, a su genial serenidad se añadieron en aquellas horas críticas del verano sangriento de 1936 la estupefactiva improvisación, la capacidad para desconcertar al enemigo, el desplante eficaz y utilísimo. Queipo de Llano tiene la idiosincrasia individualista y rebelde del celtibero, bajo una rigurosa disciplina normativa de guerrero moderno.

Los sembradores de cizaña que acuden siempre en pos del carro de la victoria, esparciendo a voleo su tóxica simiente, se encargaron cuidadosamente, desde antes ya de 1939, de magnificar las diferencias que la volubilidad del humor, el simple malentendido o los habituales roces e interferencias del mando gubernativo acarrearán casi siempre. Y así, llevando y trayendo anécdotas irresponsables, tejíase una leyenda que llegó a circular con profusión y publicidad por el extranjero, sobre las grandes divergencias y antagonismos que separaban al glorioso General de la propia Causa a la que tan sustancialmente había cooperado.

Gran acto éste de Sevilla, por su hondo contenido político. Dentro de España y fuera de la Península debieron tomar nota del acontecimiento quienes vienen especulando para sus bastardos fines con la supuesta desunión del Ejército. En torno al Caudillo y Generalísimo se aprieta un bloque de voluntades firmes y disciplinadas, que forman la osamenta vertebral de nuestras fuerzas armadas. *Qui potest capere...*

#### POLÍTICOS BRITÁNICOS HABLAN DE ESPAÑA.

Por su innegable repercusión sobre la opinión nacional, traemos a estas líneas el comentario a los discursos que, sucesivamente, Mr. Churchill, Mr. Anthony Eden y Sir Samuel Hoare pronunciaron ante sendos auditorios de su país. Es significativo que tales piezas oratorias, con sus directas y copiosas alusiones a nuestra Patria y al Régimen, se produjeran en serie casi ininterrumpida, como obedeciendo a una consigna o propósito. Abrió las disertaciones el «Premier» inglés

con un largo e intencionado alegato ante el Parlamento, dedicado a exponer y defender su política internacional en estos años decisivos para la historia del Imperio. Winston Churchill pasó revista, con su estilo directo, incisivo e irónico, a los diversos Estados, Gobiernos y países a quienes de cerca o de lejos afecta el universal conflicto. Al llegar el turno a España, el jefe conservador británico habló en términos de crudo e inteligente realismo, aun a sabiendas de que predominaba en muchos sectores de la Cámara baja, un enconado criterio antagónico. El discurso de Churchill ha sido ya conocido y divulgado en su parte relativa a España por la Prensa y la radio nacionales. No es pues éste, el lugar de analizarlo con exégesis literales. Esencialmente viene a decir que la neutralidad española había producido copiosas y trascendentales ventajas al bando aliado en el curso de la guerra y que gracias a ella se pudieron sortear sin mayor dificultad escollos y encrucijadas graves. Respecto al Régimen, proclamó su no ingerencia en los asuntos internos de España y su respeto por las formas de gobierno y de Estado que los españoles quisieran darse. A preguntas capciosas que trataban de subrayar el contenido no democrático del Estado español y su incompatibilidad con la llamada «guerra ideológica», opuso el antiguo voluntario de la guerra de Cuba argumentos aplastantes de lógica pragmática: «España no es beligerante, ni ha entrado en la guerra. ¿Por qué, pues, hablar de normas de ninguna especie?», vino a decir el político inglés.

Los impresionables de acá, que son legión y oscilan en sus reacciones con pendulares alteraciones de criterio, echaron a vuelo las campanas después de estas afirmaciones del jefe del gabinete de Londres. El porvenir cargado de nubarrones y presagios de otrora se les convertía en paradisíaco futuro lleno de halagüeñas esperanzas. El pesimismo sombrío se trocaba en panglossiano optimismo. La euforia transcendía a la calle en términos, por lo menos, irreflexivos y frívolos.

Porque el discurso del jefe de Gobierno inglés debe ser apreciado en su verdadera dimensión y encajado en el conjunto del acontecimiento político de que forma parte: una rendición de cuentas a los diputados en una Cámara demo-

crática. Churchill hizo una exposición que respondía, no sólo a la realidad de los hechos, sino también a salir al paso de críticas y acusaciones de la oposición o de la mayoría parlamentarias. Quiso seguramente buscar mucho más una justificación propia que un elogio de la conducta ajena. Y sus halagadoras frases para el pasado glorioso de nuestra Patria, para el Régimen actual y para el futuro de España en relación con el Mediterráneo hay que apreciarlas en su verdadero valor y sentido, esto es: como amable invitación al diálogo y a la cooperación en un mar que antaño fué romano; más tarde, turco y español; luego, británico, y mañana, pudiera acaso ser ruso.

Lo más interesante de la reacción española fué seguramente el tono lúgubre y desalentado de quienes desde hace muchos meses venían argumentando sobre la supuesta «implacable hostilidad» de los anglosajones vencedores hacia nuestro Régimen y sobre la posible empresa de tratar con las Naciones Unidas en términos de normal cortesía y amistad, mientras perdurase el sistema vigente. ¡Buena lección de realismo político la que dió a estos insensatos Mr. Churchill con su discurso, vacío de convencionalismos menudos!

A los pocos días fué el juvenil portavoz de los Asuntos Exteriores ingleses, Mr. Anthony Eden, quien ratificó públicamente a la faz de la Cámara las tesis de su Jefe y Presidente. No es el inquieto político conservador hombre a quien debamos particular agradecimiento desde sus intervenciones y actitudes públicamente manifestadas allá por el año 1936, con motivo del pleito de la «No intervención». Por eso sus palabras, subrayando en un todo la neta posición de España en el actual conflicto y su irreprochable conducta, pese a las inmensas dificultades de la hora presente, tienen un decisivo relieve como testimonio irrecusable. Las alusiones de Eden confirmaron nuevamente la importancia que la neutralidad española tuvo y tiene en el desarrollo de la guerra en Europa.

Fino, sagaz y maduro, como pocos políticos europeos, Sir Samuel Hoare, actual Embajador de S. M. Británica en Madrid, pronunció a continuación de las intervenciones parla-

mentarias mencionadas una alocución de despedida a sus electores de Chelsea. La conferencia de Hoare merece recogerse, aparte por su indudable trascendencia política en el orden de las ideas que han de regir en la angustiosa post-guerra que ya se adivina. No es esta crónica de acontecimientos nacionales el lugar adecuado para comentarla. Únicamente nos cabe señalar su concomitancia profunda con los discursos anteriormente citados, en lo que se refiere a la posición de España; la indudable reacción que como los dos anteriores produjeron sus palabras en nuestra opinión pública y el interés que sus puntos de vista, singularmente «continentales», hubieron de despertar por doquier. El nuevo Vizconde Hoare dejó flotando en el aire la vaga esperanza de un ordenamiento nuevo del mundo europeo, en el que la rigidez de los periclitados principios democráticos y liberales fuera superada por la realidad de los hechos y de las necesidades actuales.

#### EN EL CERRO DE LOS ANGELES.

El día de San Fernando se cumplía el XXV aniversario de la consagración de España al Sagrado Corazón de Jesús. Un cuarto de siglo había transcurrido desde aquella fecha memorable en que el Rey de España, al frente de su Gobierno y de su pueblo, ofrecía al Hijo de Dios, público y solemne homenaje de acatamiento y devoción. El nuevo Estado se disponía a conmemorar sobre las ruinas del emplazamiento monumental la grata fecha. ¡Qué apretada y emocionante historia la transcurrida entre las dos efemérides! Todavía viven muchos de los que participaron señeramente en la jornada de mayo de 1919. ¡Día de gloria para el catolicismo hispano! Don Alfonso XIII, de gran uniforme de gala, rodeado de su Augusta familia, leía el discurso de consagración de la Patria entera al Corazón Divino. En torno suyo, el Gobierno nacional, presidido por la figura prócer de don Antonio Maura, avalaba la hermosa confesión de fe del Monarca católico. Cubriendo las laderas y la plazoleta central del Cerro, inmensa muchedumbre con banderas y lábaros. El Monumento, recién

terminado, erguía su divina imagen sobre las tierras y los hombres de España, en ademán de protección.

Pero las tierras y los hombres de la Península se agrietaban en fisuras internas políticas y sociales. Al catolicismo español le faltó acaso sentido social profundo y le sobró aparato externo, ostentación y vanidad. Frente a una conjuración tenebrosa de sus peores enemigos —las logias, el ateísmo, el comunismo incipiente— no supo oponer el valladar ofensivo que el régimen liberal y parlamentario era incapaz de concebir. En septiembre de 1923, cuatro años después, la revolución estaba en puertas, llamando con sus aldabonazos escandalosos —terrorismo, anarquía, subversión partidista, responsabilidades de Marruecos— al postigo de Palacio. La voluntad generosa de un soldado ilustre tomó el Poder en sus manos, rescatándolo de la dispersión y del descrédito. Siete años duró el paréntesis autoritario, cerrado, al fin, con una regresión al desastre. La República hizo estallar las compuertas y cierres de las alcantarillas inmundas. Una ola de impiedad bárbara y feroz, atizada por consignas extrañas, llegó en el verano de 1936 a consumir el máximo atentado: la voladura del monumento a Dios, después de haber fusilado la efigie del Redentor.

Luchas terribles se desarrollaron más tarde sobre el que los milicianos del Gobierno «legal» apellidaron «Cerro rojo», como antítesis chabacana a su angelical toponimia primitiva. Sangre española lo tiñó, en efecto, abundantemente, y las tropas nacionales tomaron, por fin, posesión de las ruinas. Desde ese mismo momento—aún en plena guerra—, el lugar se convirtió en centro de atracción espiritual decisivo. La romería al Cerro de los Angeles ha venido a tener desde entonces un carácter expiatorio, al que millares de fieles acuden en desagravio del crimen sacrílego allí cometido años antes. Terminada nuestra guerra, la idea de reconstruir el Monumento con carácter nacional —subrayando aún más su importancia arquitectónica— se abrió paso en las altas jerarquías de la Iglesia española, poniéndose en marcha los proyectos y la recaudación de fondos.

Ahora, en este 31 de mayo de 1944, la ceremonia conme-

morativa ha tenido un simbólico patetismo indescriptible. Sobre el montículo bordeado de santuarios y conventos y dando cara al antiguo emplazamiento, se alzaba un altar. Gallardetes y enseñas ornaban el recinto. Una inmensa muchedumbre llenaba desde la mañana todos los ámbitos del lugar. La Falange y el Ejército prestaban guardia de honor. Al atardecer primaveral de este día, secundado por el Gobierno en pleno, el Caudillo y Jefe del Estado presidía la evocación emocionante del Primado. A los veinticinco años no quedaban del Monumento sino escombros, pero la ferviente voluntad de los católicos españoles prometía ya uno mejor sobre aquel vértice geográfico de la meseta castellana. Sus piedras serán esta vez inmutables y tendrán argamasa de eternidad, porque entre sus sillares servirá de aglutinante la sangre de los mártires, cemento perenne que no se desmorona.

#### EL PLAN NACIONAL DE CARBURANTES.

Entre noticiones sensacionales —caída de Roma, invasión de Europa—, se abre camino el mes de junio. Las nuevas produjeron la consabida expectación, pero sin alterar sensiblemente la serenidad nacional. Más bien, el despeje de la incógnita de lugar y tiempo tranquilizó la inquietud de los alarmistas, que veían amenazas de desembarco por todo el contorno y litoral de la Península. Ni siquiera la actividad bursátil —índice hiperestésico de la sensibilidad conservadora— mostró grandes modificaciones al producirse la nueva coyuntura bélica.

Mientras tanto, las Cortes siguen realizando lenta y calladamente una importante labor legislativa. En una de las sesiones celebradas últimamente, se aprobaba, por ejemplo, el plan nacional de los lubricantes y del carburante nacional. La iniciativa, de gran aliento y considerable importancia financiera, tiende a resolver en un plazo de varios años el grave problema de los carburantes y lubricantes indispensables para nuestra economía, y, por desgracia, no producidos ni existentes en el subsuelo español. El proyecto aborda la fa-

bricación sintética de gasolina y derivados, partiendo de las pizarras bituminosas, esquistos, lignitos y carbones de nuestros yacimientos propios, empleando diversos procesos de síntesis, hoy día perfectamente conocidos e industrialmente resueltos. No se trata de un plan de emergencia, al que se acude en demanda de solución —que tampoco lo sería con la premura requerida— de las difíciles penurias actuales, sino de algo que quiere prever las contingencias angustiosas que ya se baruntan, del petróleo acabándose en el mundo en el plazo breve de unos años. España quiere salir al paso a esa posibilidad amenazadora fabricando un mínimo de carburante propio. El empeño del INI no puede ser más clarividente y acertado. Sin contar con la interminable cadena de industrias subsidiarias, modificaciones económicas, alteraciones demográficas, transformaciones sociales, que en las diversas comarcas de emplazamiento de las plantas de fabricación han de originarse en beneficio de la elevación de nivel de vida de grandes núcleos de población española.

#### EL CAUDILLO, EN BILBAO.

El día 19 de junio celebra la villa del Nervión su aniversario libertador. Fué, efectivamente, una tarde de esa fecha—hace siete años—cuando se descolgaron desde Pagasarri y Archanda las columnas del Ejército nacional para ocupar la capital de Vizcaya, devolviéndola a la normalidad civilizada. A partir de entonces, Bilbao celebra con regocijo popular y también con solemne recordatorio la jornada memorable. A las antiguas efemérides del asedio carlista levantado el histórico Dos de Mayo, en 1874, ha venido a sustituir en el corazón popular la reciente gesta de nuestros soldados y voluntarios desfilando por el Arenal y las Siete Calles, tocados con la boina roja y revestidos de camisa azul.

El Generalísimo quiso asociarse este año personalmente a la evocación del suceso local, para significar quizás el alto valor militar y político que tuvo y también seguramente para tomar el pulso a la pública opinión, termómetro interesante



que ningún hombre de Estado puede ignorar, aunque deba a veces contrariar.

El Jefe del Estado asistió a los actos numerosos —religiosos, militares y profanos— y pudo establecer un ancho contacto con la masa popular, acaso con mayor amplitud que nunca, debido a la reiteración de su presencia en los más variados lugares. Resumen de tal estancia debe cifrarse en el vocablo: popularidad. Nunca —y la afirmación no es licencia retórica— hubo Jefe de Estado que recibiera en la severa capital del Norte homenaje de fervor semejante. Millares de personas de abigarrada condición y clase aclamaron a Franco en desbordante manifestación repetida una y otra vez. No era solamente a lo largo del cortejo oficial señalado para una hora determinada o en las formaciones, desfiles o inauguraciones cuando el entusiasmo se producía, sino en momentos inesperados —al aparecer en la Plaza de Toros, al cruzar una avenida, al salir de una recepción— cuando el público transeúnte se arremolinaba y estallaba en una ovación. No hubo guardia capaz de contener el frenesí de la muchedumbre, y el coche de Franco iba materialmente envuelto por una masa exaltada y ardiente. No es que vayamos a dar a las manifestaciones públicas de esta índole un valor desorbitado o incoherente. Pero sí nos place recoger el dato para quienes imaginan a través de versiones falsas o interesadas una visión del Régimen reñida con el apoyo o simpatía de las masas populares. La «tiranía odiada por el pueblo» de las consignas rojas repetidas y amplificadas por cierta Prensa extranjera, quedó allí a pleno día, bien al descubierto, en una exhibición espontánea y natural del Jefe del Estado transitando, aclamado por la población, entre las calles de una gran ciudad proletaria —y antaño de gran mayoría electoral socialista— con tan reducidas precauciones de escolta y vigilancia, que para sí quisieran muchos Jefes de Estado y de gobierno democráticos, pese a que su poder se asienta en los trucos malabares de la urna y del voto.

\* \* \*

